

á Podewils acerca del objeto del viaje de las princesas de Zerbst, pero no obtuvo mas que respuestas evasivas (1).

En el momento en que á la jóven princesa se abria un brillante porvenir y en que se adivinaba que habia de ejercer gran influencia política en la historia del mundo, dióle el príncipe Cristian Augusto, en una *Pro Memoria* que trataba especialmente de la cuestion religiosa, el siguiente consejo: «No mostrar particular interés en las cuestiones del gobierno

para no indisponerse con el Senado (2).» Bajo el punto de vista de la situacion de Catalina y del papel que debia desempeñar en los asuntos de gobierno, existia una especie de expectacion de sorpresa; pero la princesa observó, cuando al regresar de su viaje á Rusia recibió en Suecia la *Pro Memoria* de su padre, que seguiria en un todo sus consejos (3).

Las viajeras vieron compensadas las molestias de un viaje hecho en invierno, con la brillante acogida que se les dis-



Cristian Augusto, príncipe de Anhalt, duque de Sajonia, etc., y padre de la emperatriz Catalina II. Copia reducida del grabado de D. Gerasimov, sacado del cuadro original de Antonio Pesne

pensó en Riga, en San Petersburgo y en Moscou. La princesa Juana Isabel hace especial mencion de la pompa y del lujo, del ceremonial de la corte y de las consideraciones de que se les rodeó, y que formaban contraste con los usos á que hasta entonces habian estado acostumbradas (4).

Por el camino acontecieron otros sucesos propios del cambio de fortuna, como solian suceder entonces en Rusia

- (1) Droysen: *Historia de la política prusiana*. V. 2, 215.
 (2) Siebigk, pág. 145.
 (3) *Ilustracion de sucesos históricos*. VII, 1 y 2.
 (4) Siebigk, pág. 82.

en los destinos de las personas de los príncipes á consecuencia del curso de los acontecimientos. En Riga, supieron las viajeras pormenores acerca de los de Brunswick, que se encontraban vigilados de cerca. Segun el modo de pensar de su protectora, la emperatriz Isabel, formaron una opinion muy desfavorable acerca de aquellos «reos de Estado (5).»

(5) *Ilustracion de los sucesos históricos*. VII, 15. Siebigk, pág. 32. Repetidas veces se ha dicho que la jóven princesa, durante su permanencia en Riga pidió al mayor general Browne, que allí se encontraba, consejos acerca de la conducta que debia observar en la corte de Rusia y se enteró de los detalles acerca de las personas que rodeaban á

Despues de una corta estancia en San Petersburgo, donde la princesa Juana Isabel se enteró de algunos detalles acerca de la revolucion de noviembre de 1741, llegaron las viajeras á Moscou el 9 (20) de febrero. La emperatriz las recibió con gran agasajo, conmoviéndose al ver á la jóven y al notar la semejanza que existia entre la princesa Juana Isabel y su hermano el difunto obispo titular de Lubeck (1).

La primera impresion fué favorable: «Parece increíble lo que han gustado,» escribia Mardefeld al rey de Prusia hablando de la princesa Juana Isabel y de su hija. Pronto, sin embargo, se vieron enredadas en las intrigas palaciegas: su llegada fué un golpe contundente para los partidarios del proyecto de matrimonio con una princesa sajona, los cuales hicieron supremos esfuerzos para llevar á cabo este enlace,



Juana Isabel, princesa de Anhalt, madre de la emperatriz Catalina II. Copia reducida del grabado de J. M. Bernigeroth, sacado del cuadro original de Rosina Matthiew

y el embajador sajón ofreció como dote la Curlandia (2). Segun escribe Chetardie, Bestusheff estaba fuera de sí y amenazaba con probar que tan importantes alianzas matrimoniales se verificaban sin el consentimiento de los primeros hombres de Estado del imperio (3). Esto, sin embar-

go, no tenia importancia alguna, mientras la emperatriz siguiera dispensando sus favores á las recién llegadas. En los primeros tiempos reinó completa armonía, y la emperatriz no escaseó sus pruebas de benevolencia (4).

De las notas de la que despues fué emperatriz Catalina se desprende que, á pesar de no contar mas que quince años, se mostró desde el primer momento de su permanencia en la corte rusa á la altura de su difícil situacion. Tuvo algunas

la emperatriz. Esta anécdota parece falta de fundamento real. Véase la crónica *Russkaja Starina*. VI, 694. V, 129.

- (1) *Ilustracion de sucesos históricos*. VII, pág. 23, 26.
 (2) Despacho de Mardefeld: Droysen, obra citada, pág. 216.
 (3) Ssolowieff. XXI, 331.

(4) *Memorias de Stahlin en la Tshtenija*, 1866. VI, 87.

diferencias con su propia madre, que era inteligente y ambiciosa, pero desconsiderada y poco delicada con la emperatriz, la cual le llegó a mostrar cierta desconfianza, y con su futuro esposo que no alimentaba pasión alguna por su novia. Ella, a pesar de todo, estaba decidida a hacer frente a las dificultades, a llevar a cabo toda clase de sacrificios y a apurar todos los medios para conservar la situación que le correspondía. Su conducta era hija del frío cálculo, de tranquilos razonamientos; en todos los casos calculaba cuáles habían de ser los procedimientos más propios para conseguir el objeto que se proponía, y así llegó a dominar la situación con un tacto inimitable, pues para ella se trataba de no perder la corona rusa que veía brillar en lontananza. Las circunstancias la obligaron a concentrarse en sí misma y a no aconsejarse más que de sí propia. En medio de una corte brillante, entre diversiones y fiestas bulliciosas, rodeada constantemente de una multitud curiosa y hasta de espías, vivía en armonía con todos. Admiración ha causado a la posteridad que ha tenido ocasión de estudiar en sus Memorias la vida intelectual y moral de Catalina, el ver cómo la joven princesa, a pesar de lo desfavorable de las circunstancias, iba perfeccionándose en instrucción y desarrollando su carácter. En frente de la superficialidad de la corte, supo conservar y atender a los intereses intelectuales. A pesar de la pequeñez, de la falta de maneras y de la poca instrucción que eran comunes a cuantas personas la rodeaban, mantúvose firme en sus ideales, fijó sus ojos en lo grande y general, participó de las ideas de cultura del siglo y fué una discípula de la literatura de la civilización.

Tratábase también de sostener el papel de prometida esposa, aunque no se prometía felicidad matrimonial alguna. Su novio formaba bajo todos conceptos contraste con las dotes, claro entendimiento, fuerza de voluntad y noble proceder de la princesa.

Algunos acontecimientos retrasaron el desenvolvimiento intelectual del joven duque de Holstein, y conmovieron sus sentimientos. Había perdido a su madre cuando apenas contaba él algunas semanas, y a los once años perdió a su padre: toda la infancia la pasó bajo el yugo de brutales profesores, desconsiderados cortesanos y bruscos servidores. Su tía, la emperatriz Isabel, supo en 1745 todos los pormenores de la historia de su niñez, tal como había transcurrido hasta 1742, lo cual fué poco de su agrado. Los cuidados materiales que se habían prodigado al príncipe no habían sido mejores, hasta el punto de hacerle esperar durante muchas horas la comida, teniendo que matar el hambre con bizcochos. Aterrorizado por las amenazas y castigos de que cada día era objeto y a consecuencia de la dieta, padecía grandes dolores de cabeza y de estómago. A veces le quitaban toda libertad de acción y le obligaban, aun cuando no quisiera, a tomar parte en la danza y en otros placeres ruidosos. Aplicábanle indignos castigos, de suerte que el infeliz niño odiaba profundamente a sus profesores y sobre todo al supremo mariscal de la corte, Brümmer, de quien decía uno de los maestros del joven príncipe que podía domar caballos, pero no educar niños (1). Mas desdichada fué aun la suerte de la pobre criatura cuando murió su padre: su tío, Adolfo Federico, se cuidó muy poco de su educación y sus parientes no tenían formado muy buen concepto del niño. La joven princesa de Anhalt-Zerbst, que cinco años después había de ser la novia de Pedro, vió en Eutin al joven duque, que entonces contaba once años, y «oyó decir en familia que era

(1) En 1745, la emperatriz envió al embajador ruso en Copenhague, el gentil hombre Korff, a Kiel, para saber algo de la educación de Pedro. Relación en la obra de Ssolowieff, XXII, 86-88.

inclinado a la bebida y que a duras penas podían los que le rodeaban evitar que se embriagara en la mesa; que era terco y colérico; que no amaba a los que le rodeaban y menos que a nadie a Brümmer; que, por lo demás, no carecía de viveza, pero que tenía un aspecto enfermizo.» En efecto, su rostro era pálido y su cuerpo flaco anunciaba una constitución débil. «A este niño, decía más adelante en sus Memorias Catalina, querían los que le rodeaban presentarle como un hombre completo, y a este fin se le molestaba teniéndole en una opresión que había de hacer nacer en él la falsía y que había de destruir desde entonces lo bueno de su carácter (2).»

El profesor del príncipe en San Petersburgo, Stählin, oyó contar de sus propios labios los malos tratos que le habían hecho sufrir en Kiel. Un profesor inepto de idiomas antiguos le había hecho aborrecer el latín. Cuando, en 1742, hubo de comenzar en San Petersburgo la instrucción del joven príncipe, sometióse a un exámen previo del cual resultó que había aprendido muy poco.

Stählin cuidó, al parecer, con especial interés del adolescente: dióle una vasta educación y procuró que jugando y por vía de entretenimiento aprendiera la historia, la ciencia política, las matemáticas, el arte de la fortificación, etc., a cuyo efecto, mandó llevar al palacio los grabados, las colecciones de monedas y los objetos preciosos de la Academia de ciencias, y ordenó que se sacaran modelos de todas las fortalezas, objetos de guerra, etc. El príncipe, sin embargo, no quería estudiar; encontrábase enfermo y tenía que tomar parte en todas las fiestas de la corte; así es que sus estudios tenían ya cortas y largas interrupciones. Brümmer no tuvo para nada en cuenta lo que era necesario para la educación del príncipe, el cual se veía a menudo abandonado a sí mismo, alternaba con los lacayos, y los criados debían acompañarle en sus juegos infantiles. Stählin procuró demostrarle que procediendo así se ponía en ridículo, pero sus observaciones de nada servían, y los juegos no cesaron en los posteriores años. A todo esto, subsistía el odio entre Brümmer y el príncipe: en cierta ocasión, el supremo mariscal, hombre apasionado y déspota, trató de lanzarse sobre el príncipe para castigarle; Pedro, entonces, ciego de ira tiró del puñal, produciéndose una escena tumultuosa que a duras penas pudo terminar Stählin (3). Ciertos acontecimientos fueron causa de que el príncipe no adquiriera mayor moralidad y de que su educación intelectual fuese deficiente. No solo las Memorias de Catalina, muy dignas de ser tenidas en cuenta bajo este punto de vista, sino los documentos oficiales, tales como las instrucciones que dió la emperatriz Catalina a las personas que rodeaban al príncipe, y las notas de Stählin expresivas y escritas tranquilas é imparcialmente, nos dan el pleno convencimiento de que el futuro esposo de la princesa de Anhalt-Zerbst carecía del talento, de la fuerza de voluntad y de la penetración que su posición exigía.

No es, pues, de extrañar que esta deplorable falta de educación se pusiera también de manifiesto en el trato del príncipe con su prometida. «El gran príncipe, dice Catalina, pareció alegrarse de mi llegada y de la de mi madre: yo contaba quince años. Durante los primeros días me colmó de atenciones, pero desde entonces y en el corto espacio transcurrido, he visto y observado que se cuida poco de la nación sobre la cual ha de gobernar, que es adicto al luteranismo, que no ama a los que le rodean, y que es un verdadero niño. Yo me callé y presté atención a lo que podría captarme

(2) Memorias de Catalina, pág. 4-5.

(3) Véanse, para más detalles, las notas de Stählin en la *Tshteniija*, 1866, IV, Misceláneas, páginas 66-94.

su confianza. Decíame a mí y a otros que se alegraba de poder hablar conmigo, como con una parienta, sin cumplidos, y añadía que estaba enamorado de una señorita Lopuchin, con la cual quería casarse, pero que renunciaba a ella porque su tía deseaba que se casara conmigo. Yo escuché confusa estas confidencias familiares y quedé sorprendida de su falta de consideración y del poco juicio que en muchas cosas demostraba (1).»

La princesa, en cambio, tenía «juicio sobre muchas cosas.» Desde que llegó a Rusia impúsose la tarea de aprender el ruso y de guardar una conducta respetuosa respecto de la Iglesia griega. En los primeros tiempos de su permanencia en Moscú pasaba muchas noches en claro para aprender de memoria las lecciones que le daba un maestro ruso, Adaduroff. Habiendo enfermado gravemente a consecuencia de esto, de tal suerte que estuvo cuatro semanas entre la vida y la muerte y que su madre quiso mandar a llamar a un pastor luterano, manifestó que quería los auxilios espirituales de su maestro ruso de religión. «Esto, escribió luego, me conquistó las mayores simpatías de la emperatriz y de toda la corte (2).»

La princesa consiguió el fin que se proponía: en la «Gaceta de San Petersburgo» pudo leerse, poco después de su llegada a Rusia, la noticia de que pasaba muchas horas al día estudiando el idioma ruso; y en los detalles que de su grave enfermedad se publicaban se decía que la princesa daba pruebas de gran paciencia y resignación (3).

Durante la enfermedad de la princesa, los partidarios del proyecto de matrimonio con una sajona no pudieron ocultar la alegría que les causaba la probable muerte de la odiada novia del príncipe; pero la emperatriz exclamaba indignada que aun cuando tuviera la desgracia de perder a «aquella querida criatura, nunca consentiría en el matrimonio sajón (4).»

En tales circunstancias, la situación de la princesa, después que se hubo restablecido, seguía siendo en extremo difícil, pues ni siquiera había que contar mucho en el afecto que la emperatriz parecía tener a la princesa. Entre la emperatriz y la princesa Juana Isabel surgieron algunos conflictos por parecerle a aquella que esta se inclinaba a Ráuken, el cual intrigaba entonces contra el ministro Bestsheff. Escenas violentas ocurrieron entre la emperatriz y la princesa Juana, y en una de ellas Lestocq dijo a la princesa y al príncipe heredero que estaban sentados junto a la ventana de la habitación contigua conversando alegre y confidencialmente, que aquella alegría no duraría mucho y que la princesa podía mandar hacer su equipaje, porque pronto tendría que regresar a Alemania. Catalina, hablando en sus Memorias de este episodio, dice: «Yo ví claramente que el príncipe me dejaría partir sin sentimiento alguno: por lo que a mí se refería esto me era muy indiferente, pero la corona de Rusia no lo era tanto para mí (5).»

Esta crisis dependió evidentemente de las revelaciones de la carta de Chetardie: en ellas aparecía comprometida la princesa Juana Isabel, sin que pudiese dirigirse acusación determinada alguna (6). Pero el embajador francés hubo de regresar a su país, desapareciendo con él el peligro que a la princesa y a su madre amenazaba. Esta permaneció todavía algún tiempo en Rusia hasta que se casó su hija, partiendo

(1) Memorias de Catalina, pág. 9.

(2) Memorias de Catalina, pág. 12.

(3) Ilustración de sucesos históricos. VII, 26. Siglo diez y ocho I, 45-48.

(4) Ssolowieff, XXI, 327, 329.

(5) Memorias de Catalina, pág. 15.

(6) Los detalles sobre esto se encuentran en la *Vida de Catalina II* de Castera, I, 57.

después de ello, no sin haber recibido algunas muestras de desagrado.

En el entre tanto preparábase el ingreso de la princesa en la Iglesia griega, paso que le parecía muy penoso, hasta el punto de que Mardefeld escribía en febrero de 1744 al rey Federico que la princesa Juana Isabel creía ó aparentaba creer que su hija no estaba muy resuelta a cambiar de religión. El rey escribió entonces a la princesa diciéndole que debía hacer todo lo posible para dominar la repugnancia que su hija sentía a entrar en la religión griega. La tentativa que hizo la princesa cerca de la emperatriz para conseguir que su hija conservara sus creencias protestantes, no tuvo éxito alguno, a pesar de haber invocado el precedente de la esposa del Czarewitz Alejo que no ingresó en la Iglesia griega. La joven princesa parecía resuelta a todo y procuraba tranquilizar a su propio padre, a quien tenía muy cuidadoso esta cuestión, diciéndole que había examinado las diferencias que entre ambas confesiones existían y había encontrado que solo era distinto el culto externo. Pero Mardefeld refiere algunos detalles de la agitación interna en que se encontraba el ánimo de la princesa, diciendo que lloraba a menudo, pero que la ambición podía en ella más que toda otra consideración. Escribió, además, que la princesa tendría que sostener rudas luchas, pues creía no poder aceptar las creencias extranjeras, a pesar de todos sus esfuerzos; y que entre tanto había despedido a su profesor, el sacerdote ruso, y llamado secretamente a un pastor protestante que le prodigara consuelos y le infundiera esperanzas (7). Tampoco era muy propicio a la conversión de la princesa el hecho de que todos sus parientes de Alemania la desaprobaban (8).

En cambio, la princesa Juana Isabel, en sus cartas a su esposo, alababa la gran moderación, paciencia y circunspección del sacerdote griego que instruía a la princesa, y manifestaba que esta estaba muy contenta de él (9). Ambas damas procuraban destruir en sus cartas las preocupaciones del príncipe. En mayo, escribía la joven princesa que estaba decidida a convertirse y que contaba con que su padre le daría para ello su consentimiento: al propio tiempo la madre hacía notar con palabras seductoras, que su esposo no se sorprendería al leer en los periódicos que su hija se llamaba «Catalina Alexeyewna (10)» teniendo que abandonar el nombre de Sofía ó de «Fickchen» ó «Figgen», como solían llamarla sus padres.

En 28 de junio de 1744 se celebró la ceremonia de la conversión, en cuya ocasión el testimonio de Mardefeld diciendo que la princesa se había portado como una «verdadera heroína» está confirmado por una carta de la madre de esta y por la relación de otros testigos contemporáneos. La princesa hizo siempre hasta sus últimos momentos ostentación de su adhesión a la Iglesia griega; la corona de Rusia, como decía, no era para ella una cosa indiferente (11).

Precisamente en este punto estribó el antagonismo entre Pedro y Catalina, la cual refiere cómo su futuro esposo la mortificaba por la cuestión de su devoción, y cómo le censuraba que guardara rigurosamente los ayunos. Fuera de esto,

(7) Siebigk, pág. 54. Crónica de Schlözer, pág. 48.

(8) *Historia de la vida de Pedro III*. Leipzig, 1773, pág. 138-139.

Véase la carta de Juana Isabel en la obra de Siebigk, pág. 64.

(9) *Ilustración de sucesos históricos*. VII, pág. 29.

(10) *Ilustración de sucesos históricos*. VII, pág. 4. Siebigk, página 58-65.

(11) Hillebrand, en un admirable estudio sobre Catalina (*Revista alemana*, XXV, 388), hace notar que la conversión de Catalina no fué tanto obra del archimandrita Theodorsky «como de los señores filósofos de París, especialmente del satánico Voltaire.» Esta opinión no concuerda con los hechos, pues solo con posterioridad a su conversión estudió Catalina las obras de aquellos señores filósofos y de Voltaire.